

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 Extranjero . . . 1'50

LA GUERRA FUTURA

Se dice por ahí que esta guerra será la última, que después de ella la paz reinará en el mundo. Abatido el poder militar de Alemania, ya no habrá motivos para mantener ejércitos colosales y armamentos también colosales; esto será inútil, muerto el fantasma, los chicos dormirán en paz... Nada se dice de la desaparición de los gobiernos y del régimen capitalista; que si esto se dijera y desapareciera de verdad esas dos formas de violencia, tal vez la paz podría realizarse.

El horror de la matanza actual hace nacer en el corazón de los hombres la bella flor del optimismo; nosotros también quisieramos creer que, después de esta guerra, la humanidad estrechará sus vínculos en el seno de la paz más perfecta. Pero, el conocimiento que tenemos del gobierno y del capitalismo nos hace escépticos, pesimistas acaso. Si después de esta guerra el Estado y el capitalismo quedan en pie, nos parece que en el futuro, y no en un futuro lejano, se desarrollará una guerra que dejará muy chiquita a la actual. Vamos a exponer las razones de este colosal conflicto del porvenir. No profetizaremos al modo que lo hacen los oráculos actuales que abundan en Europa, y que predijeron la muerte del Kaiser, la derrota de Alemania y otras fantasías; tenemos una base segura y real que nos impide perdernos en juicios quiméricos.

El progreso de las naciones más pequeñas en el sentido material, es decir, del comercio y de la industria, es un hecho que nadie intentará poner en duda; las corrientes modernas de la civilización ponen en movimiento las actividades del mundo entero, sobre todo las actividades económicas; los países más atrasados y aún más salvajes, abandonan sus actitudes seculares al contacto de la vida de otros países más adelantados. El nivel material de las naciones va subiendo, todas luchan para alcanzar el punto más elevado; la actividad febril de los países más adelantados comunica a los más atrasados un movimiento que se acelera cada vez más. La actividad comercial e industrial de la Argentina, por ejemplo, despierta la actividad de los demás países vecinos, Chile, Paraguay, etc. En la actualidad, muy pocas naciones cuentan con un enorme excedente de productos para imponerlos a los países de menos desarrollo; pero, ¿qué sucederá el día en que cada nación haya alcanzado un grado alto en la producción y haga posible excedentes inmensos? El desarrollo moderno de las naciones tiende a alcanzar ese grado, merced al contacto de las potencias más elevadas de que ya hemos hablado; si un día Inglaterra pudo imponer sus productos al japon, ya hoy no puede, porque el japon, despertado a la vida comercial e industrial, se halla en condiciones de concurrir con sus productos, de bastarse a sí mismo, y aún de imponer a otras naciones menos avanzadas su excedente. El método actual de imponer a naciones atrasadas los productos de las naciones avanzadas, crea futuras posibilidades de concurrencia, es decir, despierta en las naciones atrasadas el deseo de la competencia. El desarrollo económico del japon no es más que una consecuencia de las primitivas imposiciones inglesas; Europa lleva sus productos a Oriente, pero he aquí que Oriente hostigada por el deseo de sobrepujar y por las necesidades del capital, se desembaraza de la imposición y crea a su vez un desarrollo que lo posibilita para imponerse; en vez de recibir los productos de Europa, trata de imponer los suyos, entra en la concurrencia universal. La universalización del régimen capitalista tiende al máximo desarrollo de las actividades económicas; ningún país puede escapar a este progreso, colocarse

al margen de la evolución comercial e industrial.

El régimen capitalista sacude la indiferencia de las naciones; las obliga a desarrollar sus potencias; las pone en condiciones de competir. La tendencia al mayor desarrollo se observa en casi todos los países; el deseo de sobresalir los pone en movimiento. Si hoy Rusia, China, Servia y otras naciones de Europa y de Asia estuvieran al nivel de Alemania e Inglaterra, la guerra que estallaría sería cien veces más espantosa que la actual; porque entonces se lucharía de verdad por la vida, y la guerra no terminaría sin quedar antes las naciones completamente abtidas. Y bien, ese nivel se alcanzará; todas las naciones tienden a un desarrollo superior. Cuando cada nación del globo tenga un excedente de productos; cuando ya no haya más mercados por el crecimiento comercial e industrial de cada país, pensad en las consecuencias que pueden sobrevenir; la imposición de productos será imposible; cada nación querrá imponer los suyos a otras naciones que no los necesitan, y esto forzosamente tiene que crear un conflicto colosal. El régimen capitalista, cuando haya despertado y elevado las actividades económicas de todas las naciones ha de traer esa guerra, guerra verdaderamente única, y tal vez decisiva. Si cada nación se halla en condiciones de competir, figuraos la sarracina que se va armar. Aquello sí que será Troya y se recordará la guerra de ahora como un simple episodio o accidente sin importancia...

Esto de una parte, de la parte económica o capitalista; veamos ahora la otra parte, la parte que corresponde al Estado como factor activo de la próxima guerra futura.

Sabido es que, conforme se avanza en los tiempos, los Estados se hacen más susceptibles; el desarrollo de los ideales patrióticos se hace cada vez más intenso, al menos en la conciencia de los educadores y de los gobernantes.

Hace un siglo, o poco más, no se hablaba de patria; ésta ha nacido en el siglo pasado y en la actualidad ocupa un puesto eminente en las cuestiones del Estado. Hoy, si se hace una simple irreverencia a una bandera, es suficiente motivo para encender un conflicto; la susceptibilidad de las naciones crece cada vez más. La educación patriótica que dan los Estados actuales, principalmente a la juventud, predispone a la división más acentuada; una nación es elevada al más alto grado de la bondad, mientras las demás naciones son colocadas a un bajo nivel. Pensemos también en las razas agrupadas en federaciones que quieren hacer prevalecer algunos campeones modernos; el pangermanismo, el panslavismo, el panamericanismo, etcétera. Se tiende a una división hostil, a hacer que gane terreno la idea de la superioridad de una raza sobre otra.

Los institutos de educación patriótica aumentan; en las escuelas la enseñanza de la historia se desenvuelve en un terreno cada vez más amplio; no hablemos de los institutos de enseñanza militar, que también aumentan considerablemente, llegando a ser en algunas naciones, como Alemania, por ejemplo, la principal preocupación del Estado. Todo esto, sumado a los factores económicos de que ya hemos hablado, encenderá la guerra más espantosa que conozca la historia. Si después de la guerra actual prevalecen el Estado y el capitalismo, la guerra que profetizamos será un hecho, una fatalidad ineludible, una imposición de las cosas que habrán llegado a un punto sumamente difícil. No lo dudemos: si el régimen no cambia, nos

veremos arrastrados a un abismo; la humanidad sufrirá la crisis más horrible de su terrible historia.

Conocido esto, nosotros, los anarquistas, tenemos una gran misión que cumplir; ir preparando el terreno adverso, crear en los individuos la conciencia que se oponga al crimen, que se niegue a prestar su apoyo a la guerra que se declararán las naciones, tal vez las federaciones de razas. La guerra actual no es nada; la futura será cien veces más horrible, y en nosotros está el impedirle y aprovechar la situación de los Estados para nuestros fines; en vez de ir a los campos de batalla a combatir por los intereses de nuestros explotadores, tendremos ocasión de desalojarlos de sus puestos. La retórica revolucionaria es insuficiente; es necesaria una educación profunda, un cambio completo más en los sentimientos que en las ideas, porque, sabido es que los sentimientos son los traidores, los que nos hacen plegar a los movimientos más reaccionarios y criminales.

Anarquistas: nuestra propaganda tiene que ser cada vez más intensa, más redoblada, que tenga poder para contrarrestar la propaganda patriótica de los Estados y que dé a cada individuo un criterio exacto de la realidad, un criterio exacto para juzgar todas las manifestaciones de la vida, haciéndolo poco fácil a las influencias engañosas. Sin esto es posible que nos veamos envueltos en la grandiosa tragedia que hemos descrito.

No olvidemos que el capitalismo y el Estado preparan un crimen, un grandioso crimen; la tendencia de ambos ya la conocemos; obremos conforme a nuestro ideal; preparemos el terreno adverso al crimen.

(De La Protesta, de Buenos Aires.)

MATICES

Los «leaders» de blusa

Yacen sepultas bajo los escombros de la formidable costra esotérica que la dinamita cerebral hizo saltar.

Su posición es ridícula y forcejean afanosos para ganar la superficie.

Ton pronto lo han conseguido, corren a instalarse en una torre de marfil rodeada de galerías... Desde ellas contemplan el mundo con anteojos...

Se sienten céesares en plena apoteosis. Se creen grandes, sabios y potentes. Hay una multitud que los aclama. Ellos ven en esta multitud un conjunto de infusorios despreciables.

¿Quiénes son esos hombres? ¿Cómo han conseguido imponerse a los demás? Tienen talento o algún otro mérito? Silencio. No hay que ser impertinente.

Si no tienen méritos, ni talento, ni valor, tienen amigos. Y hoy la inteligencia, la erudición, la actividad, no valen nada. Tan sólo las amistades y el ascendente que por ellas se tiene sobre el rebasón, se pueden cotizar. ¿Que se equivocan? También se equivocaron los patriarcas de la biblia, y no por eso son menos respetables.

Cuando os parezca que faltan a su deber, que os conducen por derroteros fangosos, no os libréis a una protesta.

En vez de manifestar vuestro desagrado, leed el cartel en que está escrito "no me toquéis".

Sois súbditos, enanos o menores. Podéis escoger con entera libertad.

A vosotros no os incumbe otra cosa que seguir, callar y morderos los puños silenciosamente.

Esos hombres son los depositarios de vuestro valor, de vuestro bienestar, de vuestra dignidad, de todo aquello —en una palabra— que no deberíais poner nunca en manos extrañas y... sin callos. Tenéis que ser los espectadores pacientes de su comedia.

Habéis establecido una oligarquía. Justo es que seáis los primeros en sentir sus brutales consecuencias. Habéis creado una casta. Es natural que ella os aplaste.

Siempre fué así. En todos los tiempos y en todos los órdenes.

Puesto que facilitáis a la mediocridad, a la pedantería, a la bajeza, todos los medios posibles e imaginables, para que se encumbre, para que asegure su triunfo y su dominación, habéis perdido hasta el derecho de quejarnos. Seguid soportándolo todo con resignación cristiana. Se trata de vuestros dioses. Mientras tengáis alma de esclavos, no contéis para nada con nosotros para libraros de su yugo.

Cuando estéis dispuestos a no consentir que esos hombres medren a expensas de vuestra ignorancia y de vuestra buena fe; cuando queráis impedir que por más tiempo sean los árbitros absolutos de vuestros destinos, nos tendréis a vuestro lado.

Entonces podréis alzar la frente con altivez, con orgullo, con altanería. Entonces seréis hombres y podréis escupir al rostro de los que os mantuvieron más sumisos y obedientes, con la astucia, con la hipocresía, con el engaño, que los señores de levita con la prepotencia y con la fuerza.

RUSIBIO C. CARBO

La aristocracia inglesa y la ley de razas

Con motivo de la guerra europea están ocurriendo en Londres cosas peregrinas.

Como la recluta voluntaria para la guerra no da los resultados apetecidos, la burguesía cierra sus fábricas y talleres al objeto de que los obreros, faltos de trabajo y, por lo tanto, de los medios de subsistencia, se vean obligados a alistarse para la guerra.

A los franceses que sobreponiendo los sentimientos humanitarios a los sentimientos patrióticos, huyen de Francia y se refugian en Inglaterra, se les niega toda clase de trabajo, para obligarles a reparar de nuevo la frontera. Es decir que ejercen toda clase de coacciones sobre los obreros, a la par que ellos y sus hijos se quedan en sus casas planeando los futuros negocios que después de la guerra, o durante ella, han de aumentar sus riquezas.

El caso que vamos a relatar refleja claramente hasta donde llega el espíritu de sacrificio por la patria, de la aristocracia inglesa.

En uno de los alrededores de Londres vive una riquísima familia. Un mozo carnicero fué a llevarles la carne, cuando una señora distinguida, cuyo nombre no se han atrevido a hacer público los periódicos ingleses, al verlo joven y buen mozo, le dijo si no le daba vergüenza no estar en las filas de Kitchener.

El mozo, no esperando tal sermón, se quedó suspenso un momento; pero enseguida se repuso, y dijo a la insolente dama:

—Usted tiene dos hijos jóvenes, fuertes y sanos; mañana iremos los tres a filarnos.

La señora millonaria creyó que esto era un insulto y escribió al carnicero pidiéndole que castigara al mozo.

El carnicero, en vez de despedirle le pidió explicaciones y encontrando bueno el proceder del mozo, lo conservó en su casa prefiriendo perder los aristocráticos clientes.

Es de advertir que el mozo carnicero ya se había presentado al alistamiento, pero fué rechazado por un defecto físico.

Los hijos de la dama continúan disfrutando de las comodidades del palacio en que habitan.

¡Oh, el patriotismo de los ricos, oh!

"Vida anarquista" Tenemos a la venta, al precio de una peseta, este libro, segundo volumen de la BIBLIOTECA de Tierra y Libertad

Los socialistas ante la guerra europea

No es mi intención recriminar a unos para ensalzar a otros, no. Reconozco que en la matanza que algunas naciones llevan a cabo, a todos nos cabe un poco de responsabilidad. Claro está, que siempre serán más responsables aquellos que con más fuerza de oposición contaban al comenzar la tragedia. Esto es lógico. Al decir *aguellos*, político y de socialismo antipolítico. Mejor dicho, hablo de lo que actualmente llamamos socialistas y anarquistas.

Hecha como queda esta pequeña pero necesaria aclaración, creo poder hablar claro y entendernos, ya que mi objeto no es exigir responsabilidad a nadie, sino censurar a aquellos que a ello hicieron acreedores. Mas, para que no se me tome por sectario, ni se me confunda con los enemigos del socialismo político por sistema, comenzaré diciendo que los anarquistas también tenemos un poquito de culpa en esta guerra; pero ella es puramente individual; pues, aun cuando fueron varios los que demostraron su fe por esta matanza, no quiere ello decir que nos hicieramos solidarios de cuatro perturbados.

De Malato y Kropotkine, no he de hablar, pues comprendo que los años les han hecho perder todo sentido común. Además de que otros compañeros ya discutieron a su debido tiempo la conducta de los citados autores; sobre el asunto que discutimos. Y aquí entraré en materia.

La actitud general de los anarquistas, en casi su total mayoría, ha sido contraria a la guerra actual.

La actitud de los socialistas en general ha sido favorable a la guerra actual.

Los socialistas franceses, belgas, alemanes e ingleses, contaban al comenzar la guerra con un número muy superior de hombres al de los ejércitos que iban a entrar en batalla.

Los anarquistas, por el contrario, al comenzar la matanza contábamos con algunos cientos; solamente. Entiéndase bien; con algunos cientos, mientras los socialistas contaban con algunos millones.

Si tenemos en cuenta, además, que casi todos esos millones de socialistas eran aptos o bien útiles para tomar las armas que les brindaba el Estado, sacaremos como consecuencia que la guerra se debe a la influencia que sobre la misma tuvieron los socialistas. Voy a demostrarlo:

Cuando las elecciones a diputados, celebradas en París el año pasado, apareció por calles y boulevares un gran pasquin que decía: *¡El socialismo es la paz!* Pasó un corto lapso de tiempo y, en julio, cuando ya corrían rumores de que la guerra iba a ser un hecho, aparece un nuevo manifiesto por toda la Francia, firmado por los más conocidos socialistas de Francia, Bélgica, Holanda y Alemania. Dicho manifiesto, en términos generales decía que los socialistas, antes que a la guerra, iban a la revolución.

Pocos días más tarde, a primeros de agosto, los socialistas sabían que Alemania había ya colocado tropas en la frontera, y que la guerra, a menos de cumplir la palabra que habían dado, era segura.

Organizaron los sindicalistas algunas manifestaciones—en las cuales había, en honor a la verdad, algunos socialistas—, que fueron disueltas a trastazos por la policía, y eso fué todo.

¿De quién fué, pues, la culpa de esta horrible hecatombe? Lo veremos en el próximo número.

NICOLÁS GUALLARTE

SE HA PUESTO A LA VENTA EL

Almanaque de "Tierra y Libertad" para 1915

PRECIO: UNA PESETA